

Mayo de 2010

MICRONARRATIVA — 021

<http://nanoediciones.com/>

NANOEDICIONES

<http://moisescabello.com/>

MOISÉS CABELLO

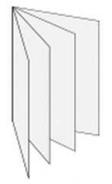
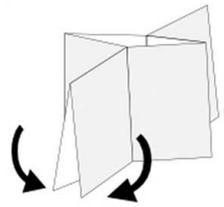
LA CIUDAD

DE CRISTAL



MOISÉS CABELLO

Ninguna persona sensata tomó en serio al desterrado cuando afirmó que levantaría una ciudad en la que querrían vivir quienes, a través de una votación, le rechazaron. La idea de que consiguiera vengar su exclusión resultaba ridícula. Pasaron los meses, e incluso los años, y algo extraño empezó a crecer tras las colinas, como si una nueva montaña emergiera de la tierra, una que de día era hija del sol y de noche tiraba de las estrellas hasta tenerlas a sus pies.



Como nadie quería regresar de Cristalurbe, también conocida como "La ciudad de cristal", fueron pocos los que descubrieron su existencia al resto de la comunidad. Es cierto que no invitaba a entrar. Aquel enorme hueco que reflejaba el exterior como un espejo muy limpio no era lo que uno se imaginaba como un lugar en el que vivía gente, acaso tuvieran casas en las que vivir y calles por las que pasar. Solo había un requisito para ser ciudadano de Cristalurbe, y era alojar en el antiguo hogar a las misteriosas máquinas prospectoras que dentro de Cristalurbe se fabricaban. Estas, como los árboles, tejían hacia la ciudad de cristal innumerables raíces que en ocasiones cortaban los caminos e incluso comunicaban algunos barrios. Cualquier

tentación, y tras desaparecer unos días regresó una noche con máquinas prospectoras a su piso. En lo alto de la ciudad, el desterrado —ahora tirano de un mundo feliz—, alcanzaba a contemplar con su preciso catalejo cómo las raíces y varias personas más llegaban a Cristalurbe desde aquel lugar al que huyeron quienes en su día le expulsaron de la comunidad. Su sonrisa crecía tanto como lo hacía su ciudad de cristal.

intento de cortarlas a machete resultaba infructuoso, pues volvían a crecer sinuosa-mente sobre y bajo la tierra. La comunidad exterior, alertada, envió a un espía a Cristalurbe, preocupada por la incipiente emigración hacia la ciudad de cristal. Allí fue saludado por sus antiguos vecinos, quienes se consideraban "cristalurbanitas" y no dejaban de hablar de los innumerables placeres de la vida en el interior. Nada de esto llegó a oídos de la comunidad exterior, pues el espía, maravillado por la abundancia de artes y entretemimiento de Cristalurbe, extasiado por el tiempo libre que podía dedicarle, satisfecho de no participar en las innumerables cuestiones para las que constantemente era reque-

rido afuera, sólo regresó una vez; tras una semana dedicando un par de horas al día a accionar extraños mecanismos, consiguió producir su propio lote de máquinas prospectoras, las cuales dejó en su antiguo hogar en la comunidad exterior, feliz de haberse ganado la ciudadanía cristalurbanita. Fuera de tan idílico lugar, los que aún no habían emigrado contemplaban impotentes cómo aquel hueco reflectante seguía creciendo, mientras allí donde pasaban sus raíces el suelo se volvía infértil, las aguas menguaban y cualquier esfuerzo por construir resultaba fútil. El último reducto de la comunidad decidió establecerse en un edificio de viviendas lejos del alcance de las raíces, pero uno de los vecinos no aguantó la

